

# ÉXITO EN EDUCACIÓN

José María Calvo

Editorial  Creación

Si este libro le ha gustado y desea que le informemos periódicamente de nuestras novedades, escríbanos y atenderemos su petición gustosamente.

Pedagogía, Educación, Enseñanza, Filosofía, Psicología

© José María Calvo

© Editorial Creación

Jaime Marquet, 9

28200 - San Lorenzo de El Escorial

(Madrid)

Tel.: 91 890 47 33

E-mail: [info@editorialcreacion.com](mailto:info@editorialcreacion.com)

[www.editorialcreacion.com](http://www.editorialcreacion.com)

Pintura de portada: *Todos aprobados*, de Antonia Nieto Saltar

Diseño de portada: Alariel S. L.

Primera edición: Octubre de 2009

ISBN: 978-84-95919-42-7

Depósito Legal:

*Printed in Spain*

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

# ÍNDICE

	página
I: Proemio .....	9
II: Estado de la Cuestión.....	21
III: Conductas de Clase .....	31
IV: Los profesores .....	37
V: Autoconcepto .....	51
VI: Planteamiento del problema.....	71
VII: Hipótesis de trabajo.....	99
VIII: Definición de conceptos.....	103
IX: Procedimiento .....	107
X: Resultados y conclusiones .....	117
XI: Bibliografía .....	129



*«El horizonte tiene la altura de los ojos que lo miran, cuanto más crece un hombre, más amplio se hace su horizonte».*



## I.- Proemio

*«Haz lo que amas y amarás lo que haces»*

El presente trabajo quiere ayudarnos a recuperar nuestra palabra, que es lo mismo que decir, recuperar nuestro propio ser, basados en el desarrollo de nuestra personalidad, que exige unas conductas de respeto entre todos los seres del universo; en este caso, entre los educadores y los educandos.

A veces la educación es percibida como un tumor que va matando nuestras capacidades innatas, nuestras ganas de ser personas. Y esto puede suceder porque no siempre somos nosotros los que tomamos nuestras propias decisiones acerca de lo que nos importa. Otros nos han robado lo más propiamente humano, nos han robado la palabra. Y ya no sabemos o no tenemos nada que decir.

Educación es aprender; aprender a ser, aprender a vivir que es convivir. Desde hace unas décadas, sobre todo, los investigadores se han dado cuenta de la necesidad de que la enseñanza salga del estrecho marco de la transmisión de contenidos a un sujeto que los acumula, para pasar a aprender a hacer buen uso de las capacidades no solo cognitivas, sino totales, del alumno. Es toda la persona la que se educa y la que aprende, no una parte de su cerebro.

La educación es el quehacer de nuestras vidas, nuestro gran quehacer, el gran reto de vivir, que tenemos ante nosotros. La educación es la esperanza que nos queda.

No es una ciencia exacta, sino más bien un arte a aprender. Es el arte de vivir humanamente. Y este vivir humanamente es un convivir; vivir, hacer nuestra vida con y a través de otras vidas, tanto humanas como no humanas. Somos seres abiertos, cuyo horizonte se nos presenta siempre delante, que tenemos que hacernos en diálogo abierto con el mundo. Nadie puede hacerse solo.

El ser humano necesita hacerse y aprender en comunión con los otros, en sociedad, somos animales políticos por naturaleza, recordaba el filósofo Aristóteles. Los alumnos necesitan cuestionar y someter a examen la información que les llega, discutirla con sus pares y construir conocimiento con ellos, en un marco de interacción comunicativa verdadera, guiada por pautas de equilibrio en la participación y la búsqueda colectiva de sentido. Es la educación basada en el diálogo.

Vivimos engañados pensando que en la educación tradicional existe un diálogo entre el docente y el estudiante. Los estudios realizados al respecto han demostrado que no siempre es así. Es más bien una visión idealizada de la interacción en el aula; el sistema escolar no está diseñado para promover el pensamiento, la creatividad y todas las capacidades personales y sociales, sino todo lo contrario.

El diálogo entendido como intercambio comunicativo equitativo y respetuoso en una interacción equilibrada no existe. La revisión cuantitativa (duración de las emisiones verbales) y cualitativa (contenido de las emisiones verbales) de la interacción entre docente y alumnos ha mostrado hasta la saciedad que se trata de una interacción no equitativa desde ningún punto de vista (Burbules y Bruce).

En el modelo tradicional de enseñanza se asume que los roles del docente y el estudiante están dados desde siempre, de modo estable: “El enseñante enseña, el aprendiz aprende”. En un estudio internacional, se encontró que la instrucción mediante un interrogatorio a todo el grupo de alumnos es probablemente el mé-

todo de enseñanza dominante internacionalmente. El modo preferido de interacción es la de recitación del profesor, y los momentos de verdadero intercambio dialógico son escasos.

La calidad de la relación que se suele establecer entre ambas partes acostumbra ser de carácter autoritario: uno, el docente dice lo que él sabe; dos, el alumno acepta lo que el docente dice puesto que como alumno nada sabe, y tres, lo que el docente dice es verdadero, sin lugar a crítica. El saber es algo sagrado, que llega desde arriba.

Este sistema se ha fundamentado en una visión del estado como instrumento o aparato de las relaciones de la clase dominante sobre las clases dominadas, para defender el sistema establecido, y en el que no es necesario dialogar con el otro. La mudez del sometido, del estudiante, se somete a una orden dada sin crítica ni autocrítica.

Siempre he dicho que los colegios e institutos son los edificios más importantes de cada lugar. Serían algo así como los lugares «de las maravillas», «el país de las maravillas». Debería haber un gran cartel delante de cada colegio con este emblemático cartel: «Bienvenidos al lugar de las maravillas».

¿Se han puesto ustedes a pensar en las maravillas que pueden ocurrir, y de hecho ocurren, dentro de los colegios? Piensen lo que está sucediendo en cada instante dentro de cada una de las aulas. ¿No es algo maravilloso? Los chicos y chicas deberían salir maravillados al igual que Alicia.

«El instituto, el colegio, me aburren, me dan ganas de dormir». «No me interesa nada de lo que ocurre en las clases». «Siento que estoy perdiendo el tiempo, aunque no me importa. De momento, tengo mucho. Puedo perderlo. También lo pierdo en otros momentos, pero no sé qué hacer».

¿Cómo se pueden compaginar ambas situaciones? Algo raro está pasando, ¿no lo piensan ustedes también?

**«No mires la paja en el ojo ajeno...»**

Se continúa hablando del fracaso escolar, del fracaso de la Enseñanza Secundaria Obligatoria, más que de otras. Y seguramente es verdad que ocurre este fracaso. Lo que puede no ser tan cierto es que se analicen las causas reales, y sobre todo, que cada uno las busque donde puede encontrarlas. Se encuentran dentro de cada uno. Siempre tendemos a echar las culpas o la responsabilidad a los otros. No nos han educado en la libertad y en la responsabilidad, por lo que no estamos acostumbrados, no sabemos afrontarlas. No sabemos ser responsables, responder de nuestros actos, y esta habilidad hay que aprenderla desde pequeños.

Los responsables somos todos, la sociedad, dice alguien, y puede tener razón. El problema es que tendemos a refugiarnos en la multitud, en la masa para eludir responsabilidades propias. Todos formamos parte de la sociedad, y lo que suceda dentro de la misma es cuestión de todos. Pero en el fondo la mayoría de las personas no se sienten implicadas. «Ese no es mi problema», «los chicos de hoy no saben más que beber y emporrarse», «hace falta más disciplina y más mano dura», etc., etc. Lo cual viene a confirmar que los responsables del problema son siempre los mismos.

La consecuencia es que los que deben poner los remedios, los que deben dar las respuestas, son también los mismos. El resto de la sociedad somos puros y estamos limpios de cualquier pecado. No queremos mezclarnos y poder ensuciarnos con esa especie de escoria social. ¿Será esto verdad? O lo que parece más probable, no somos maduros y no deseamos comprometernos con nada. No somos responsables y preferimos seguir como simples espectadores. ¿No es hora ya de que todos aportemos nuestro granito de arena?

Vamos a continuar analizando la vida de la sociedad, sobre todo en lo referente a la educación de niños y de jóvenes que ya venimos haciendo desde hace muchos años, tanto en el quehacer diario como en nuestros escritos.

Se dice que el colegio puede influir en los chicos un 20% como mucho. El 80% de lo que aprenden lo hacen fuera de los colegios. ¿Dónde? El hogar, los amigos, la calle, la televisión... ¿Estáis de acuerdo en que pueden ser así las cosas?

Más allá de estos porcentajes, sí parece que la sociedad es una gran maestra para nuestros niños y adolescentes. Dentro de esta sociedad tenemos personas públicas: políticos, artistas, famosos en general, que pueden hacer de modelos para los jóvenes. No olvidemos un caso especialmente relevante en el siglo pasado como fue el seguimiento de millones de jóvenes a los ideales nazis, por poner un solo ejemplo. Los jóvenes están siempre ávidos de ideologías e iniciativas.

Pienso que es fundamental tener esto presente por las consecuencias que puede tener todo lo que ocurra con la juventud. Todo el mundo quiere llevarse a su terreno a los niños y a los jóvenes. Quien puede, los adoctrina para su causa, para que le sigan. Los mismos padres suelen hacer lo mismo, en lugar de ayudarles a ser ellos mismos, a pensar por sí mismos y a que, poco a poco, aprendan a tomar decisiones cada vez más responsables. Es lo más fácil. No digamos de otras instituciones o sectas, o drogadicción o violencia, o...

En nuestro país vivimos en una época en la que parece que todo vale; y, lo que es peor, que todo vale lo mismo. Hasta representantes del pueblo, cuando alguien insulta u ofende a otro, dice públicamente que eso es libertad de expresión. ¡Todo sigue valiendo lo mismo!

El colegio es un espejo de la sociedad, lo queramos o no; y la sociedad un espejo de los colegios.

Los problemas que tenemos en nuestra sociedad de hoy no son nuevos y tampoco peores que en otros tiempos. Sencillamente son otros, son nuestros problemas de hoy. Pero si nos preguntamos el origen, las causas, de la violencia doméstica y todo tipo de violencias, de las guerras, de la xenofobia, etc., podemos pensar que las cosas se van aprendiendo en algún momento y en algún lugar.

Sentadas estas bases, y sabiendo que la sociedad casi nunca ofrece respuestas adecuadas, además de las lamentaciones, vamos a centrarnos en la situación de la educación reglada, en la educación secundaria, que, parece, es la más grave, la que peor remedio tiene. Comenzaré afirmando algo que es admitido por gran parte de los educadores:

**«Contrariamente a ideas y prácticas muy extendidas, es la enseñanza la que debe adaptarse al enseñado».**

No sé si todos estaremos de acuerdo en que el ser humano quiere aprender. Un bebé humano es seguramente la criatura más vulnerable del mundo. Nacemos tan necesitados que necesitamos saber. Sin saber no podríamos sobrevivir, para ello tenemos que desarrollar nuestras facultades, sobre todo, aquellas que nos diferencian de los demás seres, las inteligencias. Por lo tanto, el saber, el querer saber, es algo innato a todo ser humano. También los animales necesitan saber a qué atenerse para sobrevivir.

Vemos a un niño pequeño ávido de saber. Lo pregunta todo, todo le interesa. Cuando los niños pequeños acceden a la escuela están muy motivados para aprender, tienen una gran ilusión, una curiosidad insaciable, quieren saberlo todo y todo lo preguntan. Pero por desgracia llega un momento en el que toda esta ilusión y esta curiosidad desaparecen. Cuando llegan a la secundaria (o antes), ya no preguntan nada. Están callados y dicen que no se les ocurre nada de nada. ¿Qué puede haber ocurrido? ¿Alguien lo ha investigado? ¿Dónde o cuándo ocurrió tal desastre? Tal vez no nos atrevemos a decirlo, pero ya es hora de que cada uno entremos den-

tro de nosotros mismos y reconozcamos nuestra parte de responsabilidad.

Algo debe de haber cambiado en la vida de estos niños tanto en su educación en los colegios, como fuera, para que vayan desilusionándose y aburriéndose de lo que se les enseña. Ya no quieren aprender, no les interesa, no le encuentran sentido para sus vidas, sólo para aprobar y pasar de curso, por lo que llega el aburrimiento, el no estudiar y los suspensos. Pronto comienzan a sentir que lo mejor del colegio son las vacaciones.

Los adultos por nuestra parte no nos sentimos responsables. Decimos que son unos vagos, que no quieren esforzarse, que los niños de hoy están mal acostumbrados, se les ha dado todo, y no se molestan por lo que les exija trabajo y esfuerzo.

Sin embargo, todos estamos de acuerdo, cuando convivimos con niños, que son listísimos, que son un encanto..., ¿qué pasa en los colegios? Y no me digan que los niños de antes eran mejores, más dispuestos o más trabajadores que los de hoy. Y en cuanto a la falta de esfuerzo, nadie se esfuerza por lo que le aburre, ¿alguien puede ilusionarse con aquello a lo que no encuentra sentido? ¿Tú, por ejemplo, te ilusionas por lo que no tiene sentido para ti? ¿Pueden pensar los adultos a cuántos les gusta ir trabajar cada día? ¿Aprenderán los niños en sus casas el amor al trabajo? De momento no hablamos de la televisión.

No quieren trabajar. No estoy de acuerdo. No quieren trabajar en aquello que los adultos les imponen y cuando no ven el sentido de lo que tienen que hacer. No quieren ser borreguitos que sigan al rebaño como hacíamos en otros tiempos. Hoy se sienten importantes, son ciudadanos, sienten que tienen sus derechos, y tienen que aprender a aceptar sus obligaciones.

Hablamos ahora del profesorado. El profesor no está nada considerado en nuestra sociedad. Hay quien afirma que los profesores son los héroes de hoy. No voy a decir por qué, no hace falta.

Si yo estoy exigiendo desde siempre amor y respeto hacia los alumnos, quiero afirmar con rotundidad que lo mismo exijo para todo el mundo, y en este caso, para los profesores. Los profesores necesitan no voy a decir más apoyo, sino apoyo, sin más, reconocimiento de la tarea, de la maravillosa tarea, que están desempeñando con los niños y con los jóvenes; reconocimiento en todos los órdenes, y respeto.

Pero como «lo cortés no quita lo valiente», añadiré que la formación del profesorado debe cambiar radicalmente, si pretendemos una educación de calidad. El profesor es uno de los colectivos que más responsabilidad y profesionalidad ofrecen en su trabajo. De ahí vienen también la cantidad de problemas con los que se encuentran y los problemas personales que sufren día a día. La función del profesor no es hablar sin conocer a quienes habla, en ocasiones de qué habla, y para qué sirve lo que habla a los que le escuchan.

El sistema educativo está basado en unos exámenes que hay que superar. Partiendo de esta premisa ya huelga cualquier otro planteamiento. De hecho, existen multitud de academias, de clases particulares que ayudan a aprobar. ¿Interesa algo más? Pensemos y seamos responsables por una vez en nuestra vida.

Para aprobar es necesario estudiar y aprender unos contenidos. ¿Será suficiente con «empollar»? El alumno pronto se da cuenta de que estudiando unos días antes de los exámenes puede ser suficiente para aprobar. Pero lo que es más lamentable, en una situación así, en la que la asignatura pende sobre la cabeza del estudiante como una espada de Damocles, de la que va a depender en gran medida su futuro, el estudiante percibe lo que estudia como su enemigo, como aquello que le puede cerrar los caminos y que le obliga a quedarse en casa estudiando y le impide hacer aquello que le gusta, etc.

¿Cómo puede un estudiante, en esta situación, gustar, disfrutar, valorar aquello que está estudiando como algo imprescindible

ble para su desarrollo intelectual, emocional, ético, humano? El alumno quiere que el profesor dé la menor materia posible, para aprobar mejor. Esto es lógico ¿no? ¿Dónde queda el amor al saber? En esta situación ¿nos extraña que el alumno aplique la ley del mínimo esfuerzo?

Veamos otro aspecto. Se dice (las leyes) que debemos formar ciudadanos libres. La educación nos ayuda a descubrir y realizar nuestra libertad. Los alumnos, en masa, dentro de la clase, ¿cómo pueden desarrollar su libertad? Todos deben hacer lo mismo, escuchar, estudiar, aprobar los exámenes. Y el desarrollo del pensamiento crítico, y la creatividad, ¿dónde han quedado? La verdad es que el sistema educativo que tenemos es muy aburrido y no dice nada a nadie, ni a los alumnos ni a los profesores. Se hacen las cosas porque hay que hacerlas, porque así está escrito desde siempre, y por consiguiente, debe ser algo sagrado, que nadie puede osar tocar.

### **Ser es ser diferente (Ibsen).**

Los chicos son estudiantes, pero antes que nada son personas. Son seres que piensan, que sienten, que tienen una vida emocional que influye profundamente en sus decisiones. Hacemos lo que nos gusta (cuando podemos). La ética de la ilusión. ¿No les parece a ustedes que esta ética es básica para los chicos y para su educación, más que los deberes y las imposiciones?

Hacemos las cosas porque es nuestra obligación, para no tener problemas mayores, porque hay que hacerlo. En este ambiente, ¿qué podemos esperar? Si todos hacemos esto, pero preferiríamos estar en otra parte, el alumno aprende que hace esto porque se lo mandan, pero que prefiere estar en otra parte.

Nos han enseñado, desde muy pequeños, que Dios castigó a Adán y a Eva a trabajar por haber pecado: «Ganarás el pan con el sudor de tu frente». El padre o la madre se quejan en casa de que el trabajo es el peor castigo que tenemos en la vida. ¿Qué pueden

aprender los niños? ¿Crecerán amando o aborreciendo el trabajo? ¿Existe un ambiente de amor al trabajo en nuestra sociedad tan moderna y adelantada? Por cierto, pienso que Dios no castigó al hombre a trabajar, sino a sudar con el trabajo.

¿Ilusión, satisfacción? Dicen los entendidos que la felicidad depende de la capacidad de integrar todas nuestras facultades en lo que estamos haciendo. Es la forma de disfrutar de las cosas, de aumentar tu autoestima, y sentirte bien contigo mismo.

**«Mientras vivas, sigue aprendiendo a vivir».**

*Séneca*

**Sólo aquel que se mantiene libre frente a todo y a todos, conserva y aumenta la libertad en la tierra.**

Y para todo tipo de aprendizaje se necesita la motivación, la automotivación, la motivación interna. Ya hemos visto que los seres nacemos motivados. ¡Que nadie tenga la conciencia de que ha asesinado esta motivación innata! No basta la motivación externa sola, es necesario que los chicos y chicas encuentren de nuevo algo dentro de sí mismos por lo que luchar y esforzarse.

Si conseguimos que un niño genere una sensación agradable sobre el hecho de aprender, si logramos que pase de una motivación extrínseca centrada en sacar buenas notas o agradar al profesor, a una motivación intrínseca, donde lo emocionante sea su propio proceso de descubrimiento, habremos dotado al niño de «motor» suficiente para que ande el camino que le toque y que nosotros no conocemos (A. Maslow).

Hoy la sociedad, nuestra sociedad se muestra huérfana, siente, busca a tientas su camino, y espera encontrarlo en la filosofía. Esta sociedad tiene sed, hambre, está enferma de falta de filosofía.

Sócrates nos enseña la filosofía como una especial forma de vida. Especial porque quiere ofrecer respuestas o más bien pre-

guntas específicas a todos los seres humanos. La filosofía como reflexión, odisea del hombre, sobre nuestra experiencia vital, nos abre vías hacia el despliegue de nuestra creatividad, de nuestro pensamiento crítico, reflexivo y creativo.

**«Cuanta más razón tenemos, menos flexibles somos».**

Ofrecemos el método socrático, el diálogo abierto y fecundo contra cualquier tipo de adoctrinamiento, de manipulación, de sinrazón, de violencia. Queremos huir de la sofística, de las argumentaciones vacías que únicamente buscan la victoria, escondiendo y rechazando la búsqueda de la verdad.

Uno de los objetivos que siempre se ha propuesto el ser humano y la sociedad, es aprender a dialogar con respeto y libertad. Podríamos llamarlo debate, discusión, etc., siempre que tengamos presente a lo que venimos. Lo contrario nos ha costado caro a lo largo de la historia.

El diálogo, el verdadero diálogo nos invita a abrirnos a las opiniones de los otros miembros, pensando en que vamos a enriquecernos de esta diversidad de opiniones. Cada uno vemos las cosas desde nuestra circunstancia concreta, que se enriquece desde las circunstancias de los otros. Eso no quiere decir que no defendamos nuestras opiniones y nuestras creencias, pero con una actitud de pensar que podemos estar equivocados, o que los demás participantes pueden mostrar aspectos del tema que nosotros solos no vemos.

Un médico, por ejemplo tiene su creencia acerca de la situación de un enfermo, pero puede apoyarse en otras opiniones, enriquecerá su punto de vista, y el enfermo tendrá más oportunidades de curarse.

Una conversación es como una danza. Se tiene que encontrar quien quiera participar en ella; luego se puede seguir el ritmo

o no, hay gestos, miradas... La comunicación no verbal es importante.

Tengamos presente que hay muchos enemigos del diálogo, no solo en la defensa de nuestras creencias, sino también en lo que sustenta estas creencias, en lo que subyace detrás de ellas.

El diálogo respeta al otro, no intenta cambiarlo, de la misma manera que yo no quiero que el otro quiera cambiarme a mí. Nadie tiene derecho a intentar cambiar a nadie. Ya cambiaré yo si veo que tu vida en mejor que la mía, pero tú que eres mi amigo, que me quieres, respétame y no me obligues a hacerlo. Tú solo muéstrate, dame ejemplo. Déjame aprender por mí mismo, deja que me equivoque. Es mi vida.

En el espíritu de diálogo, nadie trata de ganar y, si alguien gana, todo el mundo sale ganando. En el diálogo no se trata de obtener más puntos ni de hacer prevalecer una determinada opinión, porque, cuando se descubre un error, todo el mundo sale ganando. El diálogo es un juego al que podríamos calificar como «ganar-ogano» (a diferencia de lo que ocurre en discusiones del tipo «yogano-tú-pierdes»). El diálogo es algo más que una participación común en la que no estamos jugando contra los demás, sino *con* ellos.

En el diálogo podemos agotar los temas, pero nunca a los dialogantes. En este espíritu de diálogo que propongo ante vosotros, todos tenemos que estar dispuestos a cuestionar nuestras creencias. No hay nada incuestionable.

Para ello mostramos el camino que han seguido otros antes que nosotros y que puede ayudarnos a encontrar el nuestro. No olvidemos que no somos adanes, sino que tenemos, que somos, historia.